

RESEÑAS		NOVELA
<p>El progreso envejece (¿una parábola?)</p> <p><i>Después de la ira</i> CRISTIAN ROMERO Alfaguara, Bogotá, 2018, 133 pp.</p> <p>ME GUSTAN los libros que me recuerdan otros libros, sobre todo aquellos que lo hacen sin abusar de epígrafes, alusiones y recursos intertextuales. El tema es más de memoria personal que de erudición o bibliofilia. Los que más me gustan son los que consiguen que mi cerebro reinvente lecturas juveniles u olvidadas, viejos apasionamientos que pueden sonar hasta vergonzosos. Es una cuestión de sensibilidad recuperada, del placer de la entrelínea.</p> <p>Con <i>Después de la ira</i> de Cristian Romero (1988), ocurrió, casi de inmediato, que mi mente rescató de décadas de silencio el nombre del escritor venezolano Miguel Otero Silva (1908-1985) y una de sus novelas, <i>Casas muertas</i> (1955), que leí cuando era adolescente. Trataba de las miserias resueltas y provocadas por la industria petrolera y, si no recuerdo mal, en sus páginas transpiraba el calor. Y enseguida, por una asociación no necesariamente más natural, me asaltaron un título de ciencia ficción, <i>El día de los trífidos</i> (1951), de John Wyndham (1903-1969), y el nombre de otro autor del género, Brian Aldiss (1925-2017), ambos ingleses. Y admito que también escuché ecos de alguno de esos folletines de puesto de revista y carátula pintarrajeada con los que entretenía las clases de estadística en la última fila del salón de primer semestre, pero he olvidado ese título de Clark Carrados o Peter Kapra, seudónimos de Luis García Lecha (1919-2005) y Pedro Guirao Hernández (1927-1993), destacados representantes de lo que los españoles llaman “literatura de kiosco”, que contentaban mi apetencia de ciencia ficción casi más que las selecciones que hacía la añorada Editorial Bruguera. También volvió el horror lento de <i>El color que cayó del espacio</i>, relato de H. P. Lovecraft (1890-1937) que me provocó escalofríos. Las altas temperaturas me obligan a una mención mucho más cercana y, por tanto, más consciente: <i>Intemperie</i> (2013), del ex-</p>	<p>tremeño Jesús Carrasco (1972), para muchos un clásico contemporáneo. Todas estas evocaciones no agotan las 133 páginas de <i>Después de la ira</i>. Son solo el testimonio de mis propios vasos comunicantes, que comparto pero que, por supuesto, no son transferibles.</p> <p>Dividida en casi 40 partes breves, la novela cuenta la historia de Samuel Roldán, dueño de un terreno en San Isidro, pueblo de tierra caliente que poco a poco ha sido copado por Semina, una compañía multinacional especializada en la siembra y el aprovechamiento de cultivos de maíz transgénico. La propiedad la heredó de su padre, quien murió después de meses de tos, probablemente afectado por las muchas formas de contaminación provocadas por Semina, que envenenan el aire y las aguas, pero también la vida social y la política. Gustavo Roldán no ha sido, por supuesto, la única víctima. Los pulmones destrozados son ya una marca de fábrica, por decirlo de alguna manera, y Liliana, la esposa de Samuel, ha visto impotente cómo su piel se llena de manchas que no dejan de crecer. Estos padecimientos, y la sensación de que la miseria los acorrala, han hecho que la armonía familiar desaparezca. Liliana quiere aceptar la invitación de su hermana y abandonar San Isidro para asentarse con su hija Alicia en la ciudad, en donde tendrán que convivir con otros tipos de contaminación, valga el desconsuelo. Acosado por las deudas, resistiéndose a vender su propiedad a Semina, como lo han hecho todos sus vecinos, incluso Marcos Medrano, contemporáneo suyo con el que mantiene una rivalidad que nació de las querellas familiares y se enquistó en la adolescencia cuando apostaron en una gallera, Samuel solo cuenta con el apoyo de Magdalena Trespalacios, la voluptuosa dueña de la cantina que frecuenta. Pero sus préstamos, inspirados por un amor que no impide que la mujer acepte en su lecho a Marcos Medrano, no alcanzan para resolver la situación.</p> <p>Los dramas íntimos de este puñado de personajes, perfilados con economía y precisión, participan de una trama que tiene un componente adicional y subversivo: gracias a la ingeniería genética, un grupo clandestino que se opone a Semina ha conseguido produ-</p>	<p>cir langostas del tamaño de un perro grande, e infiltrarlas en los campos de maíz transgénico.</p> <p>Lo que yo acabo de contar, que quiere sonar lineal y oculta algunos de los mejores momentos de la novela, se desarrolla de manera muy diferente en <i>Después de la ira</i>. Tal vez lo justo sea decir que, para delicia de los lectores, lo que de verdad ocurre a medida que pasan las páginas es que mi precario resumen, y todo lo demás, se reconstruyen. Cristian Romero ha tomado unos días de la vida de sus protagonistas y los ha fragmentado en unidades significativas —qué tentador decir secuencias—, algunas muy cortas, para mezclarlas, en bien calculado desorden, con unos pocos flashbacks —y el uso del término cinematográfico no es gratuito—, apenas los necesarios para conseguir un montaje en el que lo poco implica lo mucho y lo que se vive es mayor que el ocaso de una pequeña población a la que, en apariencia, le ha llegado la riqueza.</p> <p>“Esto es lo único que nos queda”, dice en varias oportunidades Samuel Roldán, refiriéndose específicamente a su finca de cultivos agostados y reses raquíticas, con las fuentes de agua contaminadas por Semina. Pero la frase resuena más profundo, tiene connotaciones mayores, tantas como el “Tú reinarás” que el párroco ha pedido interpretar a la pequeña Alicia en la conmemoración del cumpleaños de San Isidro, en vista de que su madre Liliana ya no canta, o las derivadas de la parábola del grano de trigo del Evangelio de Juan, que ensaya el coro infantil mientras las palomas caen intoxicadas desde las alturas:</p> <p style="padding-left: 40px;">Si el grano de trigo no muere, Si no muere solo quedará, Pero si muere en abundancia dará Un fruto eterno que no morirá.</p> <p>La cita bíblica, que expresa que es necesaria la muerte para que florezca la resurrección, está situada en medio de la novela, y abre nuevas posibilidades de lectura a unas páginas que sintetizan, con envidiable sobriedad, el drama familiar, la preocupación ecológica, el debate político y la intrincada oscuridad de la naturaleza humana.</p> <p>La descripción concisa y pertinente, el diálogo apenas acotado, la inteligente disposición de los elementos de</p>

NOVELA		RESEÑAS
<p>la trama, que puede llevar a decir que el final está más que implícito en las primeras páginas de <i>Después de la ira</i>, hablan de un narrador que a pesar de su juventud cuenta con las habilidades suficientes para sugerir con poco más de un centenar de páginas lo que otros escritores tienen que hacer evidente a través de textos mucho más voluminosos. Que Cristian Romero crea que el lector puede ser su cómplice es, en mi opinión, una gran virtud, y también lo es que se atreva a dejarlo imaginario, para ser más claro, que lo obligue a imaginar. Yo, por ejemplo, imaginé que este párrafo sobre las caminatas nocturnas de Liliana era una especie de enmascarada autorreflexión:</p> <p>En esas caminatas, a cada paso que daba, conjuraba su historia, esta historia, de muchas maneras distintas, como si así pudiera reescribirla o como si así pudiera sanarla. Se imaginaba cómo habían sido esos fragmentos en donde ella no había estado presente, les insertaba ligeras variaciones, trataba de encontrar el punto exacto en donde se hubiera podido vislumbrar la tragedia, ese en el que el destino se había empezado a torcer. (p. 117)</p> <p>Aunque no tiene sentido discutir <i>Después de la ira</i> como obra de ciencia ficción, sí es interesante señalar la manera en que Cristian Romero utiliza algunas posibilidades del género. Párrafos atrás mencioné a dos escritores españoles de literatura de kiosco que con seudónimos anglosajones situaban sus tramas en Estados Unidos o Europa, siguiendo a personajes cosmopolitas y enfocados en avances tecnológicos plausibles pero todavía hipotéticos, así como amenazas extraterrestres. En San Isidro tenemos unas pocas langostas, con inteligencia de plaga bíblica, y unos huevos que algunos ocultan bajo tierra con la esperanza de que luego se conviertan en la némesis de los cultivos transgénicos. No ha sido rara la discusión respecto a cómo se puede hacer ciencia ficción, sin caer en exotismos baratos o abruptos, desde países que no están a la cabeza de los desarrollos científicos, y un buen ejemplo puede ser <i>Iménez</i> (1999), de Luis Noriega (1972). Esta pequeña población asolada por el calor, que a veces se parece a Comala, y</p>	<p>que sufre los efectos de las manipulaciones genéticas vía expoliación transnacional, sin conocer sus ventajas, es otro buen ejemplo. Y el movimiento subversivo que se opone a esta forma tradicional del capitalismo, y que es perseguido por autoridades venales, también lo es. Incluso lo es el paradójico sentimiento de Samuel Roldán, que cuando las cosas salen mal se descubre “lleno de cierto placer ante ese aire de catástrofe que se cierne sobre el pueblo, ante el miedo de todos los pueblerinos que se atrincheran en sus casas, silenciosos, sin poder conciliar el sueño” (p. 88).</p> <p><i>Después de la ira</i> es una novela muy bien construida, con una estructura temporal ambiciosa, que la repetición de algunos renglones ayuda a desentrañar. Y es una lectura peligrosa, sobre la que siempre planea la sombra ominosa de los cuervos.</p> <p style="text-align: right;">Octavio Escobar Giraldo Universidad de Caldas</p>	